

nos bajo el aspecto del arte. Algunos días antes contenía Moscou una población de trescientas mil almas, y de ella apenas quedaba una sexta parte, y los unos escondidos no salían de sus casas, y los otros al pie de los altares los abrazaban fervorosos. Verdaderas soledades eran las calles, donde no se oían mas que los pasos de nuestros soldados.

Aunque habíamos llegado á ser dueños sin contraste, y legítimos hasta cierto punto, de una ciudad abandonada, nuestros oficiales y nuestros soldados, sociables siempre, se dolián de ser tan ricos y de no tener habitantes con quienes partir la abundancia que se les cedía. Por lo comun, al entrar en una ciudad, les agradaba hallar población á su paso, tranquilizarla, hacerse bien quistos, tomar de sus manos aquello de que podían apoderarse por sí propios, y sorprenderla con su hombría de bien despues de haberla espantado con su audacia. Les afligia la soledad de Moscou, aunque equivaliera á una cesion voluntaria de sus tesoros en favor de ellos, y eso que no sospechaban nada, pues, habiendo partido el ejército ruso, único que habia prendido fuego hasta entonces, no parecia que era de recelar un incendio.

Se esperaba, pues, gozar de Moscou y encontrar allí la paz, y en todo caso buenos cuarteles de invierno, si se prolongaba la guerra. En esto, al día siguiente de la entrada se levantaron algunas columnas de fuego por encima de un edificio vasto, donde se hallaban las bebidas espirituosas, que el gobierno vendía al pueblo de la capital por su cuenta. Corrióse allí sin sorpresa y sin susto, porque se atribuía á la naturaleza de las materias contenidas

en aquel edificio, ó á alguna imprudencia cometida por nuestros soldados, la causa de aquel parcial incendio. En efecto, se dominó y hubo motivo para tranquilizarse.

Pero de repente, y casi al mismo tiempo, estalló el fuego con violencia terrible en un conjunto de edificios llamado el Bazar. Situado al Nordeste del Kremlin abrazaba los mas ricos almacenes del comercio, donde se vendían los preciosos tejidos de la India y de Persia, las rarezas de Europa, los géneros coloniales, el azúcar, el café, el té, y por último, los vinos excelentes. General fué el incendio en este bazar á los pocos instantes, y para atajarle acudieron en tropel é hicieron los mayores esfuerzos los soldados de la Guardia. Por desgracia no pudieron conseguirlo, y en breve fueron presa de las llamas las inmensas riquezas de aquel establecimiento. Estrechados á disputar al fuego y por sí mismos aquellas riquezas, ya sin dueños, y no habiendo podido salvarlas, nuestros soldados trataron de retirar algunos restos de ellas. Se les vió salir del Bazar llevando picles, sederías, vinos de gran precio, sin que se pensara en culparles de ningun modo, porque no perjudicaban mas que al fuego, único dueño de aquellos tesoros. Se podía sentirlo por su disciplina, pero de nada habia que acusar á su honra. Además, el pueblo que allí quedaba les daba el ejemplo, y tomaba muy larga parte de aquellos despojos del comercio de Moscou. Hasta entonces solo un vasto edificio, extremadamente opulento sin duda, pero uno solo, estaba asaltado por las llamas, y por la ciudad nada se temía. Se achacaban á un accidente muy natural y muy comun, mas explicable todavia en el tumulto de una

evacuacion, estos primeros fracasos muy limitados hasta el presente.

En la noche del 15 al 16 de setiembre, cambió la escena de pronto. Como si á la vez hubieran debido caer todas las desventuras sobre la capital moscovita, el viento del equinoccio sopló con la violencia peculiar de la estacion y de los países llanos, donde nada detiene á los huracanes. Soplando al principio este viento del Este, llevó el incendio al Oeste, hácia las calles comprendidas entre los caminos de Twer y de Esmolensko, y conocidas por las mas hermosas, por las mas ricas de Moscou, las de Twerskaia, de Nikitskaia, de Povorskaia. A las pocas horas, propagadas violentamente las llamas sobre aquellas construcciones de madera, se comunicaron de unas en otras con celeridad formidable, y vió-elas invadir los otros barrios del Oeste, lanzándose como flechas de fuego. Tambien se vieron cohetes en el aire, y muy luego fueron cogidos varios miserables que llevaban materias combustibles á la punta de largos palos. Ya presos, interrogóseles con amenazas de muerte y revelaron el arcano espantoso, la orden dada por el conde de Rostopchin de prender fuego á la ciudad de Moscou como á la mas simple aldea del camino de Esmolensko.

Esta noticia hizo cundir la consternacion entre el ejército en un instante. Despues de las prisiones hechas y de las declaraciones tomadas en diversos puntos de la ciudad, ya no era posible la duda. Napoleon dispuso que los cuerpos acantonados en cada barrio formaran comisiones militares, para juzgar de seguida, fusilar y colgar de horcas á los incendiarios cogidos en fragante delito. Tambien pre-

vino que todas las tropas ya entradas en la ciudad, se dedicaran á apagar el fuego. Acudióse á las bombas, y no se encontró ninguna. Esta última circunstancia desvaneciera la duda mas leve, si alguna quedara todavía, sobre la horrible combinacion que entregaba á Moscou á las llamas.

A mas de la carencia de medios para apagar el incendio, como el viento crecia en intensidad de instante en instante, todos los esfuerzos del ejército fueron vanos. Con la repentinidad del equinoccio pasó el viento del Este al Noroeste, y cambiando súbito de direccion el torrente del incendio, fué á extender sus destrozos adonde la mano de los incendiarios no habia llegado todavía. Aquella inmensa columna de llamas, comprimida por el viento sobre los tejados de los edificios, los consumia apenas los tocaba, se aumentaba á cada instante con las conquistas que habia hecho, hacia resonar mugidos tremendos, interrumpidos por horribles explosiones, y lanzaba á lo lejos vigas hechas ascuas, que iban á esparcir la calamidad donde aun no se sentia, ó caian como bombas en mitad de las calles. Despues de soplar algunas horas del Noreste, mudandó nuevamente el viento y soplando del Sudoeste, llevó el incendio por otras direcciones, como si la naturaleza se complaciera de un modo cruel en desparramar alternativamente la ruina y la muerte sobre aquella ciudad desgraciada, ó mas bien sobre nuestro ejército, que solo era culpable de heroismo, á menos que la Providencia quisiera castigar sobre él los desordenados designios de que era instrumento involuntario. Bajo este nuevo impulso del Sudoeste, el Kremlin, salvo hasta entonces, vióse de repente en peligro. Ca-

yendo pavesas ardientes sobre las estopas de la artillería desparramadas por tierra amenazaban allí con el fuego. En el patio del Kremlin había mas de cuatrocientas arcas de municiones, y el arsenal contenía como cien mil libras de pólvora. Inminente era el desastre, y Napoleón podía volar por los aires con su Guardia y con el palacio de los czares.

Sabiendo los oficiales que le acompañaban y los soldados de la artillería que su muerte sería la de ellos, le rodearon y le estrecharon con gritos á alejarse de aquel cráter inflamado. De los mas amenazantes era el peligro. Aunque acostumbrados los veteranos artilleros de la Guardia á cañoneos como el de Borodino, casi perdían su sangre fría. Acercándose á Napoleón el general Lariboisière, le manifestó la turbación á que daba margen, y con la autoridad de sus años y de su adhesión le expuso que era deber suyo dejar que se salvaran solos, sin aumentar sus apuros con la inquietud que excitaba su presencia. Además, varios oficiales, enviados á los barrios adyacentes, referían que el incendio, cada vez mas intenso, apenas permitía andar por las calles y respirar en ellas; que era forzoso partir por tanto, sino se quería quedar sepultado en las ruinas de aquella ciudad herida de maldición.

Seguido Napoleón de sus lugartenientes abandonó aquel Kremlin, cuyo acceso no le pudo estorbar el ejército ruso, pero de donde le expulsaban las llamas á las veinte y cuatro horas de poseerlo; bajó al muelle del Moskowa; allí encontró preparados sus caballos, y tuvo mucha dificultad en atravesar la ciudad, que hacía el Norocste, por donde se dirigía, ardía toda. A veces el viento, cuya violencia se acrecentaba de continuo, hacía que

se doblaran sobre la tierra las columnas de fuego, y lanzaba delante torrentes de chispas, de humo y de cenizas sofocantes. Al espectáculo horrible del cielo correspondía el de la tierra no menos horrible. De Moscou salía el ejército lleno de espanto. Las divisiones del príncipe Eugenio y del mariscal Ney, entradas en la ciudad, se habían replegado sobre los caminos de Zwenigorod y de San Petersburgo; las del mariscal Davout se habían replegado sobre el camino de Esmolensko, y excepto la Guardia, dejada en torno del Kremlin para disputárselo á las llamas, se echaban atrás todas nuestras tropas, poseídas de horror á la vista de aquel fuego, que, después de lanzarse hácia el cielo, parecía replegarse sobre ellas, como si quisiera devorarlas. Ocultos al principio en sus casas los habitantes que se habían quedado dentro de Moscou en número corto, y no atreviéndose antes á salir de ellas, ahora se escapaban llevando consigo lo que tenían en mas estima, las madres sus hijos, los hombres sus padres enfermos, salvando lo que podían de sus ajuares, prorumpiendo en gemidos dolorosos, y detenidos á menudo por los bandidos que Rostopchin había desencadenado sobre ellos, creyendo desencadenarlos sobre nosotros, y que se holgaban en medio de este incendio como el genio del mal en medio del caos.

Consternados se retiraban nuestros soldados, socorriendo á veces, cuando el tiempo se lo permitía, á los infelices arruinados por su causa, bien que mas á menudo apresurándose á seguir á sus regimientos fuera de la ciudad esta, donde vanamente se habían lisonjeado de hallar reposo y abundancia.

Napoleon fué á establecerse al palacio de Petrowskoie, á una legua de Moscou en el camino de San Petersburgo, en el centro de los cantones del príncipe Eugenio. Allí aguardó á que al azote le pluguiese aplacar su furia, pues ya los hombres nada podían para excitarlo, ni para extinguirlo. Cogidos y fusilados fueron algunos de aquellos miserables incendiarios, que sufrían el suplicio sin decir palabra, y que sobre las horcas de que se les colgaba no eran mas que una inútil advertencia, pues sus cómplices ya no podían hacer mas daño. Para exacerbarlo bastaba el viento, y con su aliento infernal se adelantaba á todas las manos.

Para último y fatal sobresalto, á otro día pasó el viento del Sudoeste al Oeste puro, y entonces los torrentes de llamas se inclinaron hácia los barrios de Metsnitskaia y de Basmanaia, y hácia el palacio de verano. Los restos de la poblacion se refugiaron á los campos descubiertos que se extienden por esta parte. Aproximándose á su horrorosa madurez el incendio, se oían á cada minuto desmoronamientos aterradores. Consumidos los apoyos de los tejados de los edificios, se doblaban y se hundían con estruendo, haciendo saltar torrentes de llamas bajo la presión producida por su caída. Las fachadas elegantes, compuestas de ornamentos aplicados sobre construcciones de madera, se desmoronaban y obstruían las calles con sus escombros. Llevados por el viento los palastros iban á caer aquí y allí todavía hechos ascua. Difícilmente se descubría el cielo por entre aquellas densas nubes de humo, y apenas asomaba el sol como un globo de color de sangre. Ni un solo momento, durante los días 16, 17 y 18 de setiembre, dejó la naturaleza de aparecer

formidable así en sus perspectivas como en sus efectos.

Finalmente, estando devoradas de la ciudad las cuatro quintas partes, se detuvo el incendio casi sin causa, porque en nuestro mundo finito, ni el mal, aun siendo excesivo, como tampoco el bien se remata. La lluvia, que en el equinoccio sucede comunmente á las violencias del viento, cayó sobre aquel volcan de repente y, sin apagarlo, llegó á amortecerlo. De huracan que era, trasformóse el fuego en espantosa brasa, cuyos ardores calmó poco á poco la lluvia, persistente por fortuna. Solo se veían en pié algunas tapias de ladrillos, algunas altas chimeneas no tocadas por el fuego, y presentándose como espectros de aquella ciudad suntuosa. Se habia salvado el Kremlin, y cerca de la quinta parte de la ciudad con esta fortaleza. Llevando la Guardia imperial agua con cubos, y echándola sobre los tejados de cierto número de habitaciones, contribuyó á preservarlas de las llamas.

En diversas casas medio quemadas, en otras que lo estaban del todo, intentó introducirse el populacho de Moscou, y robó lo que pudo. No habia manera de impedir que nuestros soldados hicieran lo mismo por su cuenta, y permitióseles esta especie de saqueo, que no consistia despues de todo sino en saquear á las llamas. Por consiguiente volvieron á entrar en bandas para salvar del fuego algunos de los recursos que iban á ser destruidos. Muy luego echaron de ver que, penetrando hasta los sótanos bajo los escombros de las casas incendiadas, se hallaban provisiones de boca, á veces tostadas, pero intactas generalmente y abundantísimas en un país, donde habia costumbre de hacer

para muchos meses los acopios, á causa de lo largo de los inviernos. En cantidad hallaron trigo excelente, carne salada, vino, aguardiente, aceite, azúcar, café, té. Dentro de muchas casas, donde sin que el fuego lo destruyera todo, daba derecho para hacer un registro, encontraron los objetos del mas refinado lujo, vestidos y sobre todo pieles, que hacia muy apreciabiles el invierno cercano, plata, que su codicia imprevisora preferia á los vestidos y á los comestibles, carruages, que la perspectiva de la vuelta hacia estimar en mucho, y finalmente preciosas vajillas de China, de las cuales se reia su ignorancia y que indolentemente hacian pedazos.

Habiéndose divulgado muy luego, entre los cuerpos que se habian quedado fuera, el rumor de este singular género de salvamento, forzoso fué permitir que entrara cada cual á su turno á sacar el diezmo de este incendio, y á proveerse de comestibles, de bebidas espirituosas y de vestidos de abrigo. Se pusieron salvaguardias en interés de los oficiales, de los heridos y de los enfermos, á todos los edificios no tocados por las llamas, y se entregó el resto á la curiosidad y á la codicia de los soldados, que guiados por el populacho del Moscou, muy conocedor de los lugares y de las costumbres del pais, les descubria mejor los secretos asilos, donde se podian hacer preciosos hallazgos. Lamentable espectáculo al par que grotesco fué la muchedumbre de soldados y de gentes del pueblo registrando los escombros de la capital suntuosa, disfrazándose al son de carcajadas de los mas singulares trages, llevando en sus manos los objetos mas preciosos, vendiéndolos casi de balde á los que eran capaces

de apreciarlos, ó rompiéndolos con pueril ignorancia, y embriagándose á menudo con los licores descubiertos en las bodegas. Este espectáculo extravagante y triste tomaba á cada momento un carácter de mayor tristeza por el regreso de los infelices moradores, que á la hora de la evacuacion ó del incendio se habian ido y tornaban á sus hogares para averiguar si se habian salvado ó quemado, y si podrian proporcionarse medios para vivir en ellos. Frecuentemente quedaban reducidos á llorar sobre las ruinas de sus habitaciones incendiadas hasta los cimientos, ó bien les era forzoso disputar á un populacho desenfrenado los restos de su bienestar destruido, y no eran los mas fuertes cuando nuestros soldados no iban en su ayuda. Para resguardarse de la intemperie del aire, juntaban los mas las planchas caidas de los tejados de Moscou, y colocándolos sobre pertigas medio calcinadas, se construian asi albergues, bajo los cuales tenian por lecho las cenizas de sus antiguas moradas. Allí estaban sin otro recurso que el de mendigar entre nuestros soldados para obtener un pedazo de pan. De esta suerte se repoblaba Moscou poco á poco, bien que de infelices gimientes. Tambien con ellos retornaron, dando siniestros graznidos, los millares de cuervos, lanzados de alli por las llamas, y venian á tomar posesion de los antiguos edificios, donde estaban acostumbrados á vivir. A estos espectáculos desgarradores hay que añadir otro mas desgarrador todavia, y era el que presentaba lo interior de ciertas casas, donde el ejército ruso habia hacinado sus heridos. No pudiéndose mover estos desdichados, habian perecido abrasados por el incendio. En quince mil se calcula el número de es-

tas víctimas del bárbaro patriotismo de Rostopchin (1).

Siendo las desgarradoras escenas que ofrecia Moscou tambien peligrosas para la disciplina del ejército, urgia ponerlas coto. Nuestros soldados no eran delincuentes, pues no hicieron mas que arrancar á las llamas lo que á ellas habia arrojado el fanatismo de un ruso; pero no convenia permitir que se obstinaran en una ocupacion embrutecedora, y que se acostumbraran á la ruina de las poblaciones conquistadas, aun cuando no fuesen autores de ella. Ademas convenia salvar aquellos restos de la soberbia Moscou, no para servir á la intemperancia del soldado, sino para alimentar al ejército y aplacar el hambre de los infelices moradores, que se habian quedado dentro de su ciudad por confianza en nosotros. Ordenes eran pues necesarias.

Napoleon volvió á entrar en Moscou el 49 de setiembre con el corazón entristecido, y el espíritu gravemente caviloso de resultas del horrible suceso. Llevado habia su marcha hasta Moscou, á pe-

(1) Esta es una nueva prueba de que el ejército ruso era ageno al incendio de Moscou: si esperara esta catástrofe espantosa, no dejara allí de seguro ni á sus soldados ni á sus oficiales heridos. De resolverse á sacrificio semejante, hiciera de Moscou, segun hemos dicho, un campo de batalla, donde pudiera perecer parte del ejército francés, sabiendo atraerle. En sus Memorias ha elevado el príncipe Eugenio de Wurtemberg esta demostracion al último grado de evidencia, y no se puede apartar de su autor la responsabilidad de este trágico suceso, tan difícil de juzgar á pesar de todo como el acto de Bruto, pero que, tal cual sea, no se debe atribuir al ejército francés ni al ejército ruso.

sar de algunas objeciones suscitadas por su genio contra esta carrera temeraria, animado de la esperanza de encontrar allí la paz, como la habia encontrado en Viena y Berlin. ¿Pero qué podia aguardar de gentes que acababan de cometer un acto tan espantoso, y de dar una prueba tan cruel de su odio implacable? Sobre cada uno de aquellos palacios incendiados, de los cuales no quedaban mas que los muros ennegrecidos, le parecia á Napoleon leer estas palabras escritas con rasgos de sangre y de fuego: ¡NADA DE PAZ.... GUERRA Á MUERTE!

Asi las reflexiones que hizo durante este incendio horroroso fueron las mas amargas y las mas sombrías de su vida. Jamás, en su larga y tempestuosa carrera, habia dudado de su fortuna, ni sobre el puente que no podia cruzar en Arcola, ni en el momento de los ocho asaltos rechazados desde San Juan de Acre, ni en el de estar perdida la batalla de Marengo, ni en el de estar la de Eylau por largo tiempo indecisa, ni en el de ser precipitado durante la de Essling al Danubio. Ahora por vez primera entreveia la posibilidad de un gran desastre, pues conociase colocado en la cumbre de un edificio de prodigiosa altura, y que á un simple movimiento podia venir á completa ruina.

Con todo, sin que aun le desvelaran las consecuencias ulteriores del incendio de Moscou, se ocupaba en precaver las consecuencias inmediatas para la humanidad y para sus tropas. Ordenes expidió las mas severas á fin de poner término al saqueo, que se habia establecido bajo pretexto de arrancar del incendio lo que iban á devorar sus llamas. Algún trabajo costó apartar á los soldados de esta especie de juego de azar, donde, á costa de

muchos esfuerzos y á veces de harto grandes peligros, hacian felices hallazgos, y descubrian riquezas que se lisonjeaban de conducir á Francia sobre sus hombros. ¡Infortunados que ignoraban que los mas favorecidos apenas podrian llevar allí sus cuerpos! A pesar de todo atajóse el desorden, y se le sustituyeron rebuscos regularmente practicados, para crear almacenes y proveerse así del medio de pasar en Moscou el tiempo necesario. Iniciados estos rebuscos muy luego revelaron la existencia de porciones considerables de granos, de carnes saladas, de bebidas espirituosas, y sobre todo de azúcar y café, preciosa bebida y mas en los países donde el vino escasea. Distribuyóse la ciudad entre los diferentes cuerpos de tropas casi lo mismo que el día de su llegada, teniendo cada uno su cabeza de columna en el Kremlin y su masa principal en la puerta por donde habia entrado, el príncipe Eugenio entre las puertas de San Petersburgo y de Esmolensko, el mariscal Davout entre las de Esmolensko y de Kalouga, el príncipe Poniatowski hacia la puerta de Toulá, la caballería á la parte de afuera en persecucion del enemigo, el mariscal Ney hacia el Este, entre las puertas de Riazan y la de Wladimir, la Guardia solo en el centro, esto es, en el Kremlin. Para los oficiales se reservaron las casas conservadas, y trasformáronse en almacenes los grandes edificios no tocados por el incendio. Cada cuerpo debia depositar en estos almacenes lo que descubriera diariamente, de manera de reunir, ademas de las distribuciones cotidianas, provisiones para lo venidero, ya se optara por la permanencia ó por la partida. Se adquirió la certidumbre de que habria pan, carnes saladas y bebidas

del país para muchos meses y para el ejército entero (1).

Sin embargo, daba motivo de grave inquietud la carne fresca, que no se podia proporcionar sin ganado, y el ganado que no se podia mantener sin forrages. Asunto era tambien de desvelos, y todavía de mas bulto, la conservacion de los caballos de la artillería y de la caballería, que dependia de los forrages de igual modo. Napoleon esperó superar tales obstáculos extendiendo sus avanzadas á diez ó quince leguas de Moscou, de manera de abarcar una gran porcion de territorio, donde se hallaran legumbres y forrages en cantidad suficiente. Otra providencia imaginó, y fué la de atraer á los paisanos, dándoles buena paga. Siendo los rublos en papel la moneda que tenia curso en Rusia, y contando el tesoro del ejército una gran cantidad de estos rublos, de cuya procedencia ya se ha hablado, bien que fuera ignorada de todos, hizo anunciar que todos los viveres que se llevaran á Moscou serian pagados al contado, y sobre todo los forrages, y recomendó expresamente la proteccion de los paisanos que respondieran á este llamamiento: con rublos en papel dispuso que se pagara el sueldo á las tropas, teniendo sin embargo la precaucion de añadir (lo cual era un acto indispensable de lealtad para con el ejército) que los oficiales que desearan enviar sus pagas á Francia, estarian autorizados para convertir en metálico aquel papel de origen extranjero en todas las oficinas del tesoro.

(1) El doctor Larrey, uno de los testigos mejor informados de esta situacion, creia que con los viveres hallados en Moscou se podia subsistir durante seis meses.

Dando realce al uso de estos medios por un acto de humanidad digno de su persona y del ejército francés, mandó distribuir socorros á todos los que de resultas del incendio se habian quedado en la calle. Ayudóse á los unos á que se construyeran pequeñas chozas, ofrecióse asilo á los otros en los edificios de que no se servian las tropas, y ademas se les distribuyeron comestibles. Pero éstos comestibles, cuya necesidad podia llegar á ser muy grande, segun la duracion de la permanencia en Moscou, eran demasiado preciosos para distribuidos por largo tiempo entre extrangeros, enemigos la mayor parte. Napoleon prefirió repartirles dinero, y lo hizo por medio de los rublos en papel á fin de que cada uno se proveyese fuera de lo que necesitara. Como nuestro propio ejército fueron tratados los franceses establecidos en Moscou desde antiguo, y á los que sabian de letra se les destinó á crear una administracion municipal interina, hasta que se lograra atraer á la capital á los mismos rusos.

Debajo de los muros del Kremlin tenia Napoleon ante los ojos un vasto edificio, que desde el dia en que entró en Moscou fijó sus miradas, y era el hospicio de niños expósitos. Este hospicio magnífico, puesto bajo la proteccion de la emperatriz madre, objeto de la predileccion de esta princesa, habia sido evacuado en gran parte; pero la dificultad de los trasportes hizo que se dejaran alli los niños mas pequeños, los que era mas difícil llevar de un punto á otro y los menos amenazados, pues, aunque nuestros soldados hubieran sido tan feroces como se complacian en propalarlo, no ejercieran su barbarie contra niños de cuatro ó cinco años.

Cuando entramos en Moscou, poseidos de susto estos infelices, no hacian mas que llorar en torno de su respetable director el general Toutelmine, anciano de cabellos blancos. Sabiéndolo Napoleon, le envió una salvaguardia, que veló por este noble establecimiento antes y durante el incendio. Vuelto á Moscou, se dirigió allí á pie, no teniendo mas que cruzar la puerta del Kremlin para encontrarse en el hospicio, que vino á ser, como va á verse, objeto de su interés y de su política ingeniosa. El director le salió á recibir á la puerta, rodeado de sus pupilos, que se precipitaron delante de Napoleon, besando sus manos y asiéndose de los faldores de su levita, para darle gracias por haberles salvado la existencia.—¿Pues qué, dijo Napoleon al general Toutelmine, acaso creen vuestros niños que el ejército francés va á devorarlos? ¡Cuán bárbaros son los hombres que os gobiernan! ¡Qué Eróstrato tan estúpido vuestro gobernador Rostopchin! ¿A qué tantas ruinas? ¿A qué medios tan salvages, que costarán á Rusia mas que le hubiera costado la guerra mas desastrosa? Mil millones no bastan á pagar el incendio de Moscou. Si, en vez de entregarse á estos furoros, se respetara esta capital, yo la contemplara como á París mismo, hubiera escrito á vuestro soberano y tratado con él bajo condiciones equitativas y moderadas, y estaria muy próxima á su conclusion esta guerra terrible. Lejos de eso, se incendia, se incendiará mas todavía, y mucho habrá que incendiar, os lo aseguro, porque no estoy próximo á dejar el suelo de Rusia, y sabe Dios cuanto costará aun á la humanidad esta guerra.—El general Toutelmine, que detestaba el acto de Rostopchin, como todos los habitantes de Mos-

cou, convino en la verdad de estas observaciones, expresó el sentimiento de que las disposiciones de Napoleon no fueran mejor avaloradas, y pareció como si dijese que, si se conocieran en San Petersburgo, quizá tomaran las cosas distinto sesgo. Prestándose Napoleon á esta abertura, como que tuvo intencion de provocarla, preguntó al general Toutelmine qué deseaba para sus niños, y contestándole éste que solo deseaba licencia para comunicar á la emperatriz madre que sus pupilos estaban salvos, le invitó Napoleon á que escribiera y prometióle que haria llegar la carta á su destino.— Debo añadir, indicó el general Toutelmine, que las disposiciones de V. M. son tales como acaba de explicarlas?—Si, respondió Napoleon, decid que, si los enemigos interesados en malquistarnos dejaran de interponerse entre el emperador Alejandro y yo, la paz se celebraria muy pronto.

Escrita inmediatamente la carta del director de los pupilos, fué enviada antes de que expirara el día á San Petersburgo. Casi al mismo tiempo se encontró á un personage que parecia ilustre, un ruso que se habia quedado en Moscou, solicitando dirigirse á espaldas del ejército, para poner en orden sus propiedades incendiadas. Menos ciego de cólera se mostraba que sus compatriotas, y deploraba la atroz furia de Rostopchin, que, juzgando solo por los efectos materiales, habia hecho mas daño á los rusos que á los franceses, porque estos, hasta bajo las humeantes ruinas de Moscou, todavia hallaban alimento, mientras los otros vagaban moribundos de hambre por los bosques. Se le hizo que se presentara, obtuvo el honor de que Napoleon le recibiera, y le hablara, y le asegurara directamen-

te de sus disposiciones pacíficas. Napoleon, que no pensaba dar á la guerra actual todo el ensanche que pensó darla al principio, repitió lo que ya habia manifestado al general Toutelmine, que su intencion fué emprender una guerra política, y no una guerra social y devastadora; que habiendo podido insurreccionar á los paisanos en Lithuania, se abstuvo de hacerlo; que se habia esforzado por apagar los incendios prendidos sobre su camino; que el teatro de esta guerra debió ser la Lithuania y no la Moscovia; que allí se decidiera la cuestion en una ó dos batallas, y un tratado poco oneroso restableciera la alianza entre Francia y Rusia, y no su dependencia, como se complacian en asegurar para agitar los ánimos; que en vez de esto se aspiraba á imprimir á la guerra un carácter atroz, digno de los negros de Santo Domingo; que al querer hacer el conde de Rostopchin el romano, se habia mostrado bárbaro, y que ya era hora de poner término á tantos horrores en interés de la humanidad y de Rusia.

Mr. de Jakowleff, que es el personage ruso de quien se trata, no contradijo ninguna de las aserciones de Napoleon, porque, saliendo de las ruinas humeantes de Moscou, habiendo presenciado los horribles padecimientos experimentados por los infelices habitantes de esta capital, se sentia indignado contra el furor de Rostopchin, y pensaba que semejante guerra se debia terminar lo mas pronto posible, ó al menos de sostenerse por otros medios. Habiendo dicho, como el general Toutelmine, que debia Napoleon dar á conocer sus disposiciones pacíficas al emperador Alejandro, y que sentaria bien al vencedor ser el primero que hablara de paz, Napoleon, que nada mejor deseaba, ofreció á su in-

terlocutor que fuera personalmente á San Petersburgo, para que llevara escritas las palabras que acababan de sonar en sus oídos. Mr. de Jakowleff apresuróse á consentir en ello, y partió con una carta para Alejandro, carta al par que cortés alta-nera, como Napoleon no habia dejado de escribirlas, ni aun en el momento de la declaracion de la guerra.

Sin duda el inconveniente de estas aberturas consistia en dejar entrever el apuro en que empezábamos á hallarnos, y en hacer de consiguiente que el emperador Alejandro diera tantos pasos atrás como nosotros adelante para entendernos. Por otra parte, se podia tener la certeza de que, si con este principe no se tomaba la iniciativa, su orgullo, profundamente herido, le impediria tomarla, y que un exceso de reserva tendria para la paz tantos inconvenientes como un paso indiscretamente pacífico. De consiguiente Napoleon no vaciló en ensayar estas aberturas, sin prescindir á pesar de todo de las atenciones que exigia esta guerra, que cabalmente se hacia más árdua á proporcion que parecia más venturosa, puesto que cada ventaja hacia adelante añadia una nueva dificultad á la vuelta.

Efectivamente, convenia pensar en los proyectos ulteriores que exigia la situacion extraordinaria en que se habia colocado, trasladándose á seiscientas ó setecientas leguas de la frontera de Francia, en medio de la capital incendiada de la antigua Rusia. Pero los tales proyectos dependian en parte de los del enemigo, y hacia ya dias que no se tenían noticias de su paradero. Llegado accidentalmente á Moscou el general Sebastiani, que habia

reemplazado á Murat á la cabeza de la vanguardia, vióse obligado á confesar que habia sido engañado por los rusos tan completamente como en Roudnia. Efectivamente, siguiendo al ejército de Kutusof primero por el camino de Wladimir, luego por el de Riazan, adelantóse hasta las márgenes del Moskowa, que encuentra á ocho ó nueve leguas de Moscou este camino, cruzó el Moskowa detrás de los rusos, y viendo siempre delante á los cosacos con alguna caballeria regular, sin pensar en ilustrarse por su derecha, corrió en direccion del Sudeste hasta Bronitey, lo menos veinte leguas, tomando de continuo la apariencia por la realidad. Cuando estuvo en aquel punto, acabó por reconocer que se le indujo á engaño, que no tenia delante al enemigo, y lo comunicó á Moscou, espresando francamente que no sabia donde buscarle. En esto se supo que dos escuadrones de marcha, escoltando areas de municiones, y dirigiéndose á Moscou por el camino de Esmolensko, el propio que llevamos á la ida, acababan de ser sorprendidos en las cercanias de Mojaisk por una nube de cosacos, y envueltos y obligados á rendirse con su convoy. Al punto se dió la voz de alarma por todo el camino de Moscou á Esmolensko, y ya se gritaba con una turbacion, muy fácil de engendrarse á las espaldas de un ejército, que el enemigo se habia situado sobre nuestras comunicaciones, y que ya estaba en aptitud de cortarnos la retirada.

En los dias del 21 al 22 de setiembre le llegaron á Napoleon estas desagradables noticias, que venian de una manera infausta á continuacion del incendio de Moscou. Montó muy en cólera contra el general Sebastiani, á pesar de la estimacion en que

le tenia; pero los gritos y los arrebatos no podian remediar cosa alguna.

Napoleon prescribió á Murat que fuera inmediatamente á ponerse á la cabeza de la vanguardia, y fióle el cuerpo de Poniatowski, fatigado y extenuado como estaba, para que con soldados á quienes era familiar la lengua eslava, pudiera adquirir mas fácilmente noticias sobre la marcha del enemigo. Dando lugar á creer las correrías de los cosacos que el general Kutusof habia operado un movimiento de flanco sobre nuestra derecha, para situarse á nuestras espaldas sobre el camino de Kalouga, Napoleon recomendó á Murat que declinara del Sudeste al Sur, es decir, del camino de Riazan al de Toula, y que hasta saber noticias de Kutusof siguiera la marcha. No queriendo dejar aventurado solo á Murat en busca del ejército ruso, hizo partir por la puerta de Kalouga, y con orden de dirigirse á la poblacion del mismo nombre, al mariscal Bessiéres con los lanceros de la Guardia, la caballería de Grouchy, la caballería ligera, y la cuarta division de infantería del mariscal Davout; finalmente, mandó retroceder por el camino de Esmolensko á los dragones de la Guardia, á una division de coraceros, y á la division de Broussier, perteneciente al príncipe Eugenio. Estos tres cuerpos de tropa, desplegándose á la manera de abanico sobre nuestras espaldas, desde el camino de Esmolensko al de Toula, debian adelantarse como á tientas hasta que dieran alcance al enemigo. De sobra recelaba Napoleon el punto donde Kutusof seria hallado, pues le suponía sobre el camino de Kalouga, atraído hácia aquella direccion por el doble motivo de amenazar nuestras espaldas y de

ponerse en comunicacion con las provincias marítimas del imperio. Casi cierto de no equivocarse, estaba sin embargo impaciente por saberlo de una manera positiva. De ningun modo participaba de los terrores de aquellos que nos creían cortados, pero tenia resuelto no sufrir de parte de Kutusof un establecimiento inquietante sobre nuestras espaldas, y salir de Moscou para dar una segunda batalla, si el general ruso tomaba posicion demasiado cerca de nosotros y de nuestra línea de retirada. El mariscal Davout, cuya prevision se inquietaba á la vista de un enemigo, que habia quedado bastante fuerte para maniobrar sobre nuestros flancos, suplicó á Napoleon que partiera inmediatamente á combatirle y á anonadarle, tras de lo cual se podría dormir en Moscou tranquilamente y aun todo el invierno si se deseaba. Tambien Napoleon opinaba del mismo modo con tal de que no fuera necesario ir muy lejos á buscar á los rusos. Efectivamente, el ejército solo llevaba de residencia en Moscou siete dias, cuatro de ellos pasados entre las llamas, y no queria arrancarle á las primeras delicias del reposo, á no ser para descargar un golpe decisivo. Aprestóse, pues, á la partida, mas sin mover aun sus principales cuerpos de tropas, aguardando á esclarecer el misterio de la nueva posicion tomada por los rusos.

Véase cuáles fueron entretanto las resoluciones del general Kutusof y los movimientos ejecutados por su hueste. Al salir de Moscou fué su idea seguir un plan medio entre todos los que se le habian propuesto, é ir á situarse sobre el flanco de los franceses, mas no girando muy cerca de ellos, para no tenerlos encima tan pronto. Deconsiguieren-